

SE PUBLICA
LOS
DOMINGOS.
PRECIOS:
EN LA
Habana y Matanzas
UN PESO AL MES.
En el interior
TRES PESOS 50 CTS.
por trimestres, adelantados,
FRANCO DE PORTE.
EL NUMERO SUELTO
SE VENDE A
TRES RS. SENCILLOS.



REDACCION
Y ADMINISTRACION
CUBA NUM. 59,
á donde se dirigirán
todas las reclamaciones que ocurran.
—
PUEDE TAMBIEN
DARSE AVISOS
Y SUSCRIBIRSE
EN LA
IMP. DEL TIEMPO,
CUBA 71.



LA SERENATA.

PERIODICO SATIRICO, ECONOMICO Y LITERARIO.

CARTA A BELMONTE.

Matanzas y Mayo 3 de 1866.

Sr. DIRECTOR:

SINIESTRAS voces suenan por los aires, la luz del sol se enrojece, la mar murmura lúgubramente, el viento calla y no mueve las alas, la naturaleza toda parece sentir un cataclismo horrendo: los hombres atraviesan las calles con aire preocupado, como temiendo ya lo que ha de suceder, misterioso acontecimiento por venir; se hablan unos á otros en voz baja y mirando en derredor con ojos inquietos: las mujeres cargan á sus niños é instintivamente los estrechan al seno. ¿Qué sucede? Hemos acaso dado muerte á un Dios, como hicieron los judíos? Otro diluvio se nos viene encima? Va la tierra á temblar y agitarse sacudida por el cataclismo apocalíptico? Se cumplieron ya los tiempos?

El pánico, ese monstruo tanto mas terrible cuánto menos esperado es, se

apodera de mi espíritu, predispuesto siempre al terror: mis carnes tiemblan como si la fiebre corriera en escalofríos á lo largo de los músculos: siento frío en los tuétanos. Perdido el valor, perdida la serenidad, salto á la calle y corro en busca de quien me diga *de qué y por qué* morimos.

—¿Qué hay? pregunto pálido y tembloroso al primero á quien encuentro.

—¿Que estamos en el borde resbaladizo de un abismo oscuro, tenebroso, insondable!—me contesta.

Doy un salto atrás, de dos metros, creyéndome ya atraído por el vértigo á la sima hondísima.

—¿Qué sucede?—pregunto á otro.

—Que nos hemos salvado milagrosamente de un gran peligro,—me dice y desaparece.

Respiro y tiemblo y doy gracias al Altísimo.

—Detengo por el brazo á un Doctor que corre como si el cólera le mordiera las pantorillas.

—Por Dios,—le digo,—explíqueme V. cómo nos hemos salvado y cuénteme qué peligro nos amenazaba.

—¡Cómo!—esclama estupefacto—¿De dónde viene V. que todo lo ignora?

—Yo, de mi casa.

—¿Y no lee V. los periódicos, hombre?

—Casi nunca; son muy caros.

—No es preciso para saber lo que dicen pagar suscripción.

—¡Ah! se reparten también gratis?

—No; pero algunos diarios pagan hombres para que los lean en los cafés á los que no saben deletrear.

—¡Magnífica idea!

—Pues oiga V.: corrámos en Cuba, sin sospecharlo siquiera, un peligro inmenso, aterrador, terrible: uno de esos peligros que se acercan á paso de lobo, ocultos entre los acontecimientos de todos los días, invisibles, traidores, solapados, en silencio, sin ruido y que de repente..... ¡pum! caen sobre la cabeza como un peñasco desprendido de la luna.

—Y ese peligro mudo, invisible, se nos venia verdaderamente encima? No es acaso el sueño de pusilánimes? No es el delirio de una imaginación febril? No es una bola echada á rodar con algún objeto interesado?

—¡Cál! No señor: era un peligro *tan-*

gible; un peligro tan verdadero como que el Diario y la Prensa son los primeros periódicos del mundo.

—Entonces..... de buena nos hemos escapado. Y dígame V. Doctor, ese peligro ¿no era la venida del cólera?

—¡Cá! Mucho peor.

—¡Ah! Ya caigo: era un corsario chileno.

—No diga V. disparates, hombre.

—¿El croup?

—Bah! bah! bah!

—¿Iba, pues, á hundirse la isla?

—¿Qué te quemas!

—¿Iban á morir el Diario y la Prensa?

—No tanto, hombre, no tanto: Eso sería lo mismo que el Juicio final.

—Pues, Sr.; no acierto. Tenga la bondad Dr., de sacarme de dudas: mi curiosidad es una enfermedad.

—Pues oiga V. y tiemble.

—Ya tiemblo y oigo.

—Estábamos pidiendo Reformas, é iban á concederlas.

—¡Ave María Purísima!

—Como lo oye V. Afortunadamente un espíritu divino, el génio quizás de la civilización moderna, nos miró con ojos misericordiosos y encarnándose..... ¡no! y volviéndose periódicos diarios.....

—Sí, ya caigo: el Diario y la Prensa.

—Justo. Y volviéndose, como digo, periódicos, iluminó con los destellos purísimos de su clara razón las oscuras sombras del porvenir y vimos..... Vámos: adivine V. lo que vimos.

—Yo, nada; ustedes verían..... un monstruo.

—Eso mismo: era todo negro, con ojos de fuego cuyas miradas incendiaban, dientes y garras agudísimas y capaces de anegar en sangre el mundo; y luego un corazón..... duro como el acero, cruel como el cólera, corrompido como un muerto de diez días, codicioso como un avaro, vengativo como un chino.

¡Santo Dios de Israel, de Jacob y de Judá!

—¿Qué escapada, amigo, qué escapada hemos dado. Figúrese V: por poco nos dan leyes especiales!

—¿Que me dice V. Dr!

—Y rebajas de derechos.

—No, no siga V., por Dios.

—Y libertad de cambios.

—¡Horror!

—Y...

—No, Dr. no, ni una palabra mas: esto hubiera sido..... el Africa, la Patagonia. Corro al templo á dar gracias al Cielo por la merced que nos ha hecho y á rogarle que conceda diez leguas de Paraiso al Diario y á la Prensa.

Esto, amigo Director, ha pasado ayer y para que se regocije V. conmigo y con el Dr., le pongo estos renglones.

EL TROMPETA.

LAS IMPERTINENCIAS

DE MI HUESPED.

Yo no sé cual partido convendrá mas en este mundo, si reirse á lo Demócrito, ó llorar de todo como Heráclito; tener la paciencia de Job ó volvernos un herizo y armarnos como Horacio Coeles, para estar con la espada desnuda á nuestra puerta. Sea como fuere y cualquier temperamento que se tome, nunca nos arrepentiremos; porque en esta inmensa casa de Orátes que se llama sociedad, son tantas y tan variadas las locuras de que nos vemos acometidos, y tan extraños y caprichosos los originales, que cualquiera que sea el lado á que incline la balanza, bien de reir ó de llorar, de incomodarnos ó de sufrir pacientes, siempre tendremos motivos para escusar nuestra debilidad.

Pero hay locos de locos, y el que por mi mala estrella me ha tocado á mí de huésped es mas loco que todos los de su especie, y raya ya tan alto su locura que yo no presumo que pueda llegar á mas la estravagancia de otro loco. Ahora si contra las leyes ordinarias de la narración dramática se exigiese de mí que anticipara la pintura de este importante personaje, de una sola pincelada trazaria aquí su retrato: egoísta y maniático, terco y brutal D. Eleuterio (que tal es el nombre de mi huésped,) es de condicion tan áspera y desabrida, y recibió una educación tan conforme á sus inclinaciones, que fué el rico suelo donde vino á desarrollarse el germen de sus vicios nativos. En constante contradicción con todo el mundo, quimerista, grosero como un musulmán, insolente, decisivo como el mas ignorante, tan tenaz como necio, sobre el fondo de estas cualidades, y dominando aquellos accidentes del carácter, habia una que las borraba todas, y era el capricho. Alternativamente sórdido y magnífico, económico y pródigo á la vez, débil é imperioso, social y feroz; estas distintas pasiones se sucedían en él, y estaban sujetas á la misma regularidad que su apetito, su digestión, su tos, su catarro y sus fiebres, tristes frutos de su larga morada bajo los trópicos. Con la sola idea preexistente de formarse una fortuna; y cumplidos sus deseos, vivia en la abundancia y ya no sabia que hacer de sus tesoros, de su tiempo y de su persona, y aquí teneis el huésped en cuya casa vine yo por último á habitar.

Delineado así, como de relieve, su retrato, vista por mayor su fisonomía, dejaremos al lector que imagine á qué raros tormentos no se veria condenado el que estuviere como yo sugeto á la dura y brutal impertinencia de este huésped. Pedagogo orgulloso y de una terquedad casi incurable, nada era bien hecho en este mundo, á no ser que se le consultase de antemano. Como un cronómetro que marca el tiempo con la mas perfecta regularidad, así indicaba las horas de comer, las de dormir, ó las de salir de casa; y triste del que se atreviese á quebrantarlas: insolente mandarín, acostumbrado al despotismo mas absoluto y á la obediencia pasiva, no concebía en los demas el poder de replicarle. Me leyó su reglamento al entrar en la casa, fijó las condiciones de mi aceptación; y héme aquí constituido el prisionero de este nuevo y extraño Sir Hudson Love para asemejarme en esto ya que no pueda ser en otra cosa al gran Capitan del Siglo.

Todas las mañanas me visita, pero como á veces la puerta de mi aposento está cerrada tiene la paciencia del gato cuando asecha al raton para atraparle á la salida de su cueva: cae entonces sobre mí como un torrente, y sufro por largas horas la tormenta de su mal humor:—“Es impertinencia hacer esperar; es pereza dormir tanto, mal sano guardar la alcoba, desperdicio no aprovechar la mañana, torpeza perder el tiempo, y la última necesidad mutilar así la vida.”

—Poco le importa que la noche haya sido mala ó buena, ó la hora á que se halla recogido; esas disculpas de nada valen para él, y su alma intolerante no se acomoda con ellas. Si para huir de este mar agitado de controversias el criado me prepara los avios de afeitarse, le echa de sí con enfado:—“El insolente debía esperar á que saliese, si no me toma por un aprendiz de barbero;—pretendo vestirme y me lo impide; me dirijo á mi escritorio y me acusa de necesidad.”—¿Que sacará V. de todo ello al cabo y por término de cuentas? A lo que veo tirará V. curvas infinitas sin aproximarse jamás al templo en que se oculta la fortuna, y aunque mida algunas latitudes mucho me temo que aquella montaña le ha de ser para siempre inaccesible; mirando al cielo parece que desapercibe V. la tierra en que habitamos. Mi táctica es mucho mejor; porque imitando á los mas diestros jugadores chinoscos me he montado en hombros humanos colocándome sobre la cúspide de aquella inmensa columna que huele orgullosamente con el pié y me sirve de pedestal: desde esa altura contemplo el mundo con desprecio y apenas me merece una mirada de compasión.”

Los libros no han de servir de llaves para abrir las arcas de la tesorería, y las letras no son letras de cambio pagaderas al portador.”

“Ecrive qui voudrá; chacun á son metier,
“Et put perdre impunement, son ancré et son papier.”

Que siga cada cual su corriente que yo tambien tendria ese indiferentismo poético, si fuese cierto que todo lo que arriesgásemos escribiendo no pasase de emborronar unas cuantas resmas de papel, y de consumir otras tantas botellas de tinta. Pero sucede que el daño vá mas lejos todavía, y me duele ver cómo se desperdicia por esa presuntuosa grey de sábios el mas precioso tesoro que tenemos: *The time is money*; y bien me sé yo por propia experiencia cuánto puede sacarse de aquella mina inagotable cuando se la sabe aprovechar.”

Noto sin embargo que V. está macilento y aun me parece de mal humor; ya se vé, esa vida que V. lleva..... casi que sería preciso que le pusieran en tutela como á todos los de su especie hoy por desgracia multiplicada....”

“Abra V. esas ventanas que se han hecho para el fresco y ventilación”—y apenas tardó en decirlo como en ejecutar su propia orden, dejándome en espectáculo y juguete de las opuestas corrientes de aire de que me ví acometido de improviso.—“Si será V. como los antiguos arquitectos, enemigo jurado de la luz, de la ventilación y de la línea recta; deponga V. tanta inercia, y para dar una expansión al ánimo y despejar un poco sus ideas, acompañeme en mi paseo matinal, que es para mí hace muchos años un fondo á interés compuesto, de donde saco mil verdades.—” Quise escusarme y me cerré los

lábios y me obligó á vestirme con una celeridad de movimientos á que no estaba acostumbrado: el pantalon le pareció molesto y ajustado, demasiado estrecho el corbata, hartó menguada la levita, muy reducido el sombrero, y los zapatos por extremo brevísimos y diminutos. El con sus propias manos y maldiciendo á un tiempo de las modas actuales y de ese maldito empeño de traducirnos al francés ó disfrazarnos en bretones ó alemanes, me ayudó torpemente á vestir, y me arrastró á dar la vuelta al mundo; como D. Eleuterio llamaba á su escursión de la mañana. Hubiera preferido no salir de la ciudad por evitar el calor del mes de Julio con que nos regalaba la estación, á no hallarme esclavizado como un tureo del brazo robusto de mi huésped: sin voluntad propia me resigné, entregado á ciegas como el viagero que visita á Londres ó á París, guiado del capricho del Cicerone con aquella fé confiada con que somos conducidos por en medio de un mar proceloso bajo la esperta ciencia del piloto.

Casi al salir de casa, avistamos la alegre calle de O'Reilly, y al volver por la del Obispo, nos encaminamos á los afueras de la ciudad, tomando la nueva y angosta puerta del Monserrate. Llegados al paseo de la Reina, y parados delante del suntuoso teatro de Tacón;—”Aquí teneis, me dijo D. Eleuterio, los dos mas grandes escollos donde viene á estrellarse una gran parte de la fortuna de aquel pueblo: son las múcaras de aquel mar agitado que absorbe todos los años al décimo de los navegantes que se atreven á frecuentarlo.

¡Cuántas virtudes de vestal, no se habrán eclipsado á la sombra de aquellos álamos; y cuantos Aristides severos, no han sepultado su pureza en esos estrechos nichos! ¡Qué de pesares no encubrirán sus dorados artesonos!—Pero aprenda V. á conocer el mundo, este libro en que todos escribimos y no todos acertamos á leer, de tantos como aquí se arruinan, solo unos pocos son los que han sabido aprovechar la miés de este naufragio: buzos mas diestros que los otros se cubren con su campana protectora y vuelven á flor de agua, cargados con los ricos despojos que les abandonaron los demás. Ese es en miniatura y tal como si se trazase en escala menor, aquel mundo cuya estension tanto se pondera; infiel comercio de contrabando, que si enriquece y campea es por sobreponerse á la ley y burlarse de sus mandatos: mútuo convenio de despojarse unos á otros, en el cual estos ponen la especulación y aquellos sus miserias y debilidades.”

“Ese caballerito tan apuesto, dandy que no se ocupa sino de su corbata y que le ves paseando por entre aquellas alamedas, es quizás un reciente y novel abogado, que hace sus ensayos de elocuencia al lado de aquella jóven que lleva por la mano. El otro que pasa reclinado en su quitrín como leyendo por distracción en aquel libro, que parece que medita, es un médico cuya riqueza está fundada en la intemperancia y el desórden en que viven los demás: el otro que corre diligente y afanoso, es el artesano que pondrá á peso de oro sus labores y se aprovechará de ese lujo y ostentación que fomenta la vanidad, pero observado sobre todo al comerciante cabisbajo, mirad con qué arte, como la afanosa araña, tiende sus redes con cuyos hilos irán á enredarse esas incautas víctimas recogidas en ese estrecho itsmo del *per Cento*. ¿Se arrojaría él al mar y nos traería de tan léjos sus ricas mercaderías, si no con-

tara de antemano, con nuestra inconstancia caprichosa? La moda, esa voluble divinidad á quien se hacen innumerables hecatombes, es la diosa tutelar de los artistas; pero tambien es enemiga jurada del dinero, y sin embargo todos le sacrifican, todos le rinden holocausto, y no hay miserable aldeano, por extraño que sea á los refinamientos de la sociedad, que á su vez no le consagre sus ofrendas.

Aquí y no en los libros que nos esc riben los hombres, es donde me hé propuesto conocerlo, aquí les estudio como son; les sorprende sin careta, los veo con mis propios ojos, no necesito de auxilio extraño para adivinar su pensamiento.”

Mi guia notó al cabo que su escursión se habia prolongado esta vez un poco más de lo que tenia por costumbre; y como con el ejercicio y el paseo, algo tambien se despertase su apetito, que á mí no ménos aguijaba, resolvió dar término á su escursión y volver para la casa, donde tuve que seguirle con aquel mismo silencio que yo jamás interrumpí. En cambio de mi sin igual debilidad me hizo su compañero de mesa, pero D. Eleuterio, nunca deja de ser D. Eleuterio; hombre de dominación y de una voluntad de hierro, que nadie ha podido doblegar, es en todo los actos de la vida el mismo D. Eleuterio que ya hemos visto en mi alcoba y el paseo. Por fuerza habia de comer lo que él comia, debia dividir sus mismos gustos, y participar de sus propias prevenciones, nivelaba por su estómago la dimension del de los demás; inflexible en este punto no admitia ninguna transacción: engullí como pude, hice alguna libación más de las que me eran ordinarias, y cuando ya me sentía con alguna necesidad de reposar, traté de despedirme de mi huésped; pero el buitre asido de su presa, ni quiso abandonarme ni aun permitió que me recostase.”

El sueño és imagen de la muerte, como la vigilancia es la que dá al hombre toda su superioridad: se la renuncia siempre que la indolencia le domina;—”Y ved aquí por qué medio vuelvo á estar sugeto y sin poder desprenderme de las garras del dragon de D. Eleuterio: estoy á punto de decir que es mi sombra, mi mal pensamiento, el grito aterrador de mi conciencia; si no es así lo que yo sé es que le temo tanto como á todos y cada uno de ellos.

EL RECOLETO.

CRITICA LITERARIA.

VENGANZA CONTRA VENGANZA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO
ORIGINAL DE D. FERNANDO URZAIS.

—HABANA 1866.

El movimiento dramático, de que varias veces nos hemos ocupado y que aparecia como amortiguado, ha vuelto á renacer con mayores bríos y por esto debemos felicitarlos sinceramente. Los escritores cubanos han dirigido sus miradas hácia el teatro, largo tiempo abandonado, y varias son las nuevas producciones que se anuncian como próximas á ver la luz, ó sufrir la prueba escénica.

En estos últimos dias, por dos veces, y con bastante éxito, por cierto, se ha puesto en escena

en el teatro de Villanneva, el drama en tres actos y en verso, titulado “*Venganza contra venganza*,” original de D. Fernando Urzais, y primera producción dramática de este jóven escritor.—El Sr. Urzais se habia ya dado á conocer en la república de las letras con algunas composiciones líricas recomendables por la sencillez de la forma y por cierta ternura en la expresión de los sentimientos. Pero no es seguramente en el campo del lirismo donde debe buscar sus triunfos el Sr. Urzais, y creemos que él estará de acuerdo con nosotros en este punto y sabrá apreciar, en su debido valor, esta opinión que podrá ser errada, pero que es sincera, así como el juicio que vamos á formular sobre su primera producción dramática que, con un exceso de modestia que le honra en sumo grado, califica de pobre ensayo.

Empecemos el análisis dando cuenta del argumento.

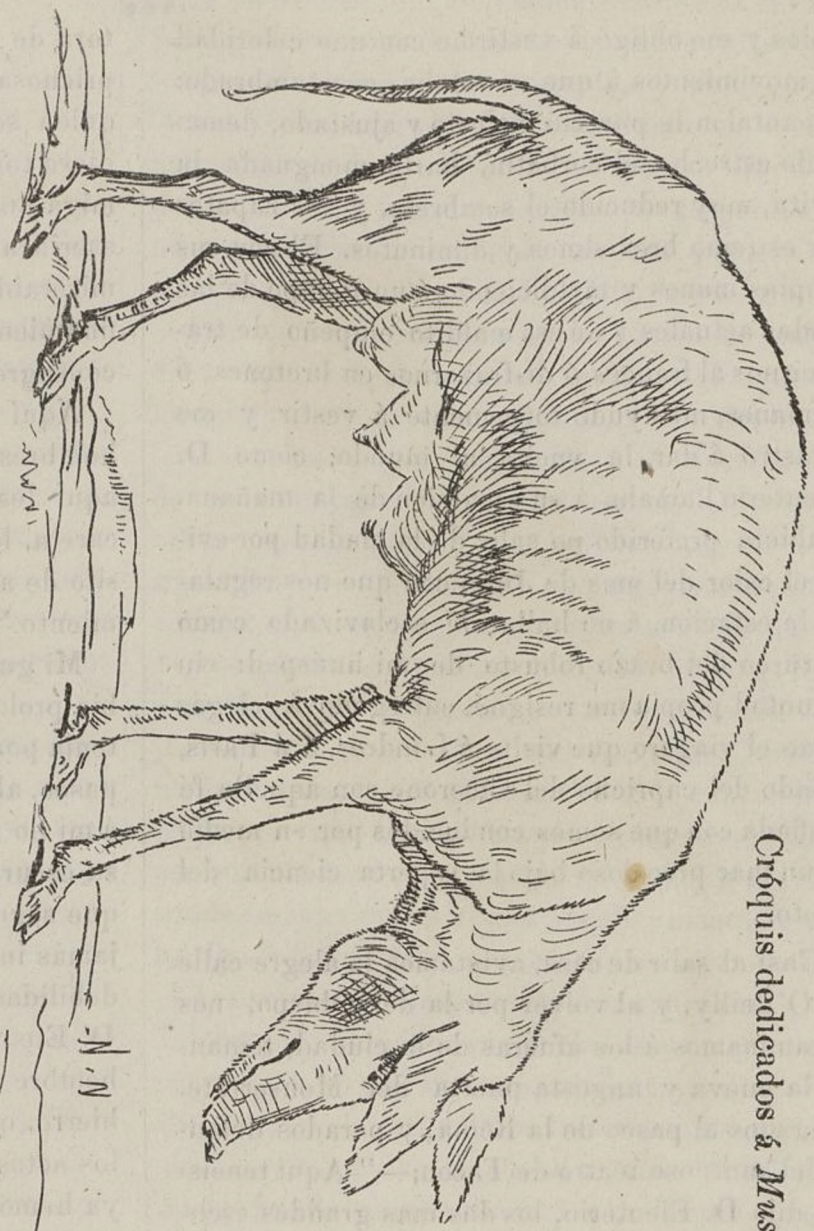
La acción del drama pasa en un punto de la costa de la Isla de Cuba, y la época á fines del siglo XVII, célebre en estas regiones por las correrías é incursiones de los piratas ó filibusteros que infestaban los mares que bañan las Antillas. Uno de los mas famosos por sus hazañas y sus crueldades, el inglés Enrique Morgan, es el héroe del drama del Sr. Urzais.

Al levantarse el telón aparecen en la escena varios pescadores en una taberna, donde beben y se ocupan de los asuntos del día y sobre todo de los piratas, que debia ser la conversacion favorita de aquellos tiempos. El tio Pedro, padre de Maria, la heroína del drama, se dispone á hacerse al mar á ejercer su oficio de pescador, no obstante los consejos de uno de sus compañeros y las súplicas de su mujer é hija, que con lágrimas en los ojos le ruegan desista de su idea. El no hace caso de esas súplicas por que la voz del deber es la que obliga hacerse al mar: así lo ejecuta despidiéndose de su esposa é hija que le acompañan hasta la orilla. Durante estos coloquios los piratas habian desembarcado, y Anselmo, teniente de Morgan, se dirige á la taberna en busca de provisiones para su bajel: Anselmo habia vislumbrado á María y habla de ella, y un negro, pirata á las órdenes de Morgan, y que debia un señalado servicio al padre de la jóven, se alarma al oir á Anselmo y hasta lo amenaza, trabándose con este motivo una lucha á que pone fin la llegada de Morgan. Quédase este solo con Anselmo, concierta el robo de María y lo lleva á cabo con lo que termina el acto primero.

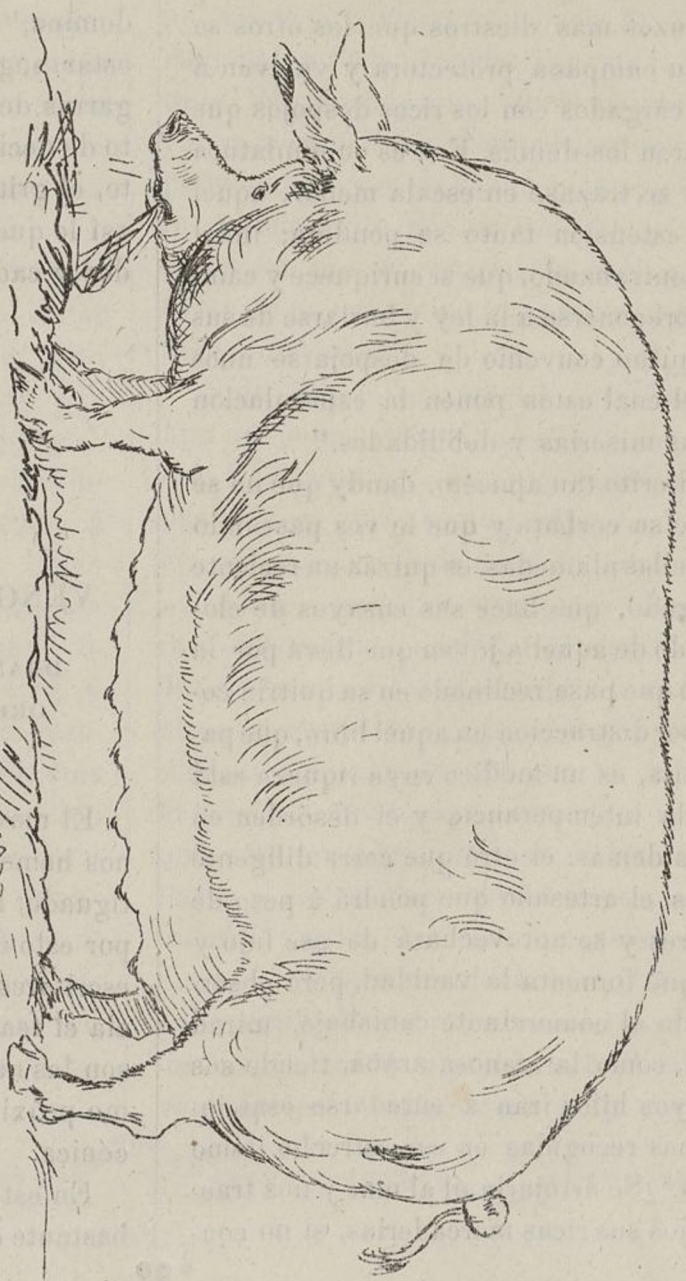
En el segundo la escena pasa á bordo del buque pirata. Anselmo y el negro se reconcilian: este le explica á aquel el motivo que le impulsó á obrar de la manera que lo hizo en la taberna; aquel le confía á este la pasión que le ha inspirado Maria, y ámbos juran salvarla.—Morgan quiere obligar á María á que acceda á sus deseos, pero esta le amenaza con que se arrojará al mar al primer paso que dé hácia ella: el capitán pirata retrocede ante semejante resolución y desiste de su empeño por aquel momento. Queda María sola, y Anselmo se aprovecha de esta circunstancia para hablarla. Le cuenta la historia de su vida. Habia nacido en Cuba: para vengar á su hermana habia matado á su seductor. Huyó: Morgan lo acogió, le hizo su teniente y él le juró servirle seis años que cumplian en aquel día. Está arrepentido de sus crímenes y anhela el amor de María. Morgan, que habia tomado todas sus precauciones para la realización de sus

HISTORIA NATURAL.

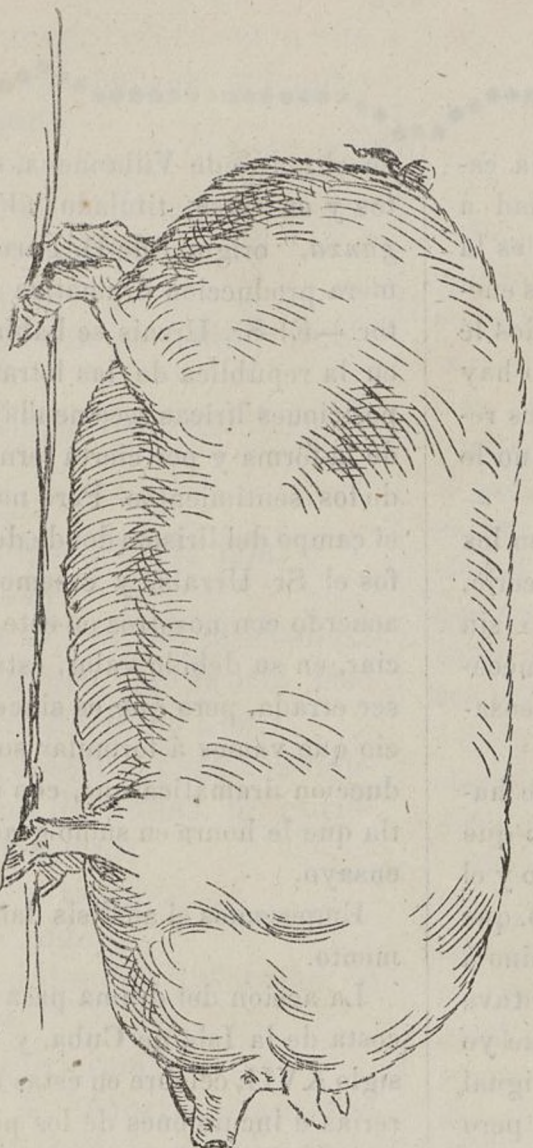
Cróquis dedicados á Musieu de N**** zoológo y agricultor del Diario de la Marina.



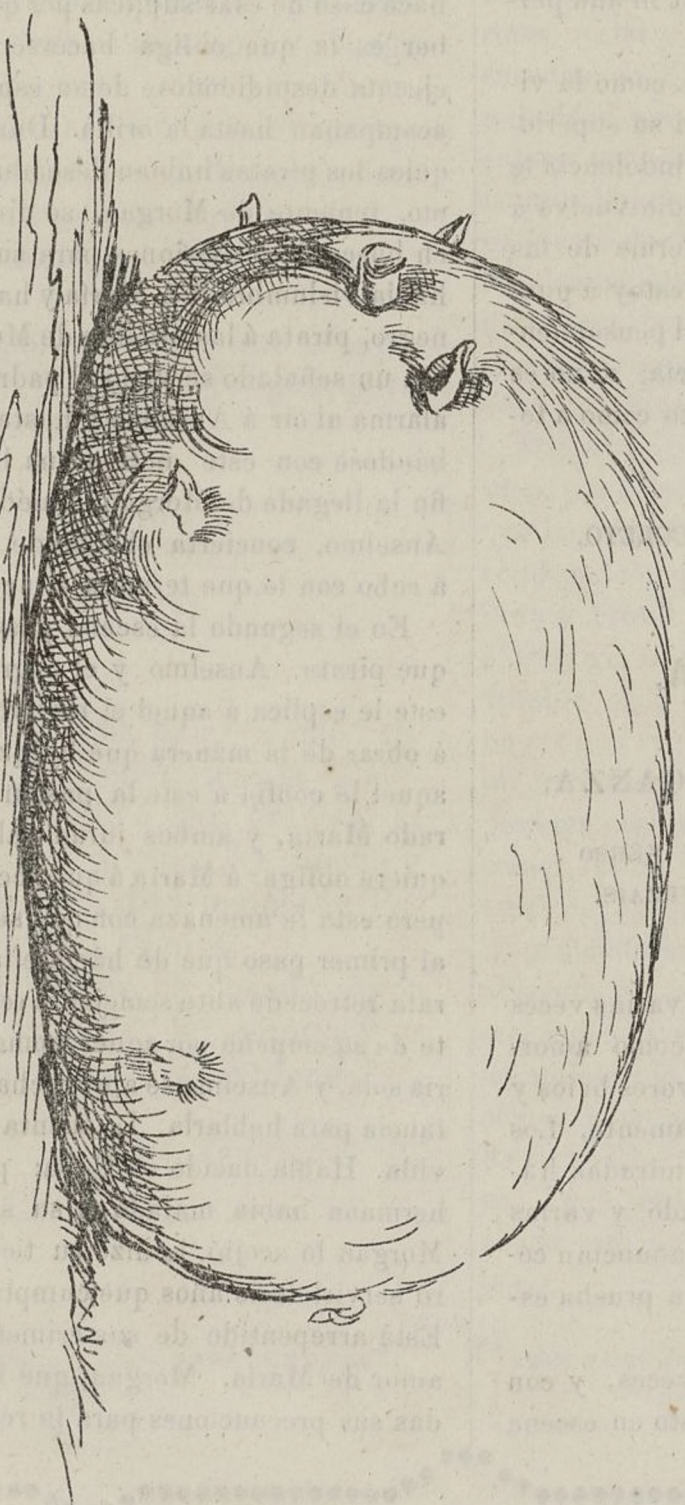
Puerca criolla, como eran las primeras que tuvo P. P. cuando emprendió mejorar la casta con el cruzamiento.



Efectos del cruzamiento.

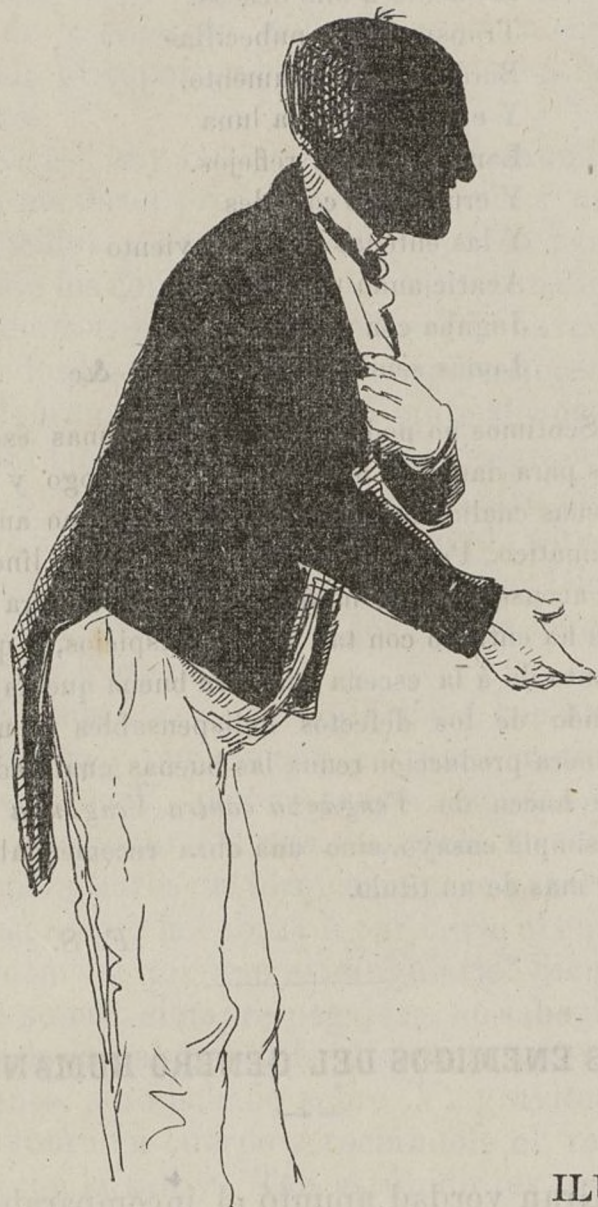


Como son ahora.



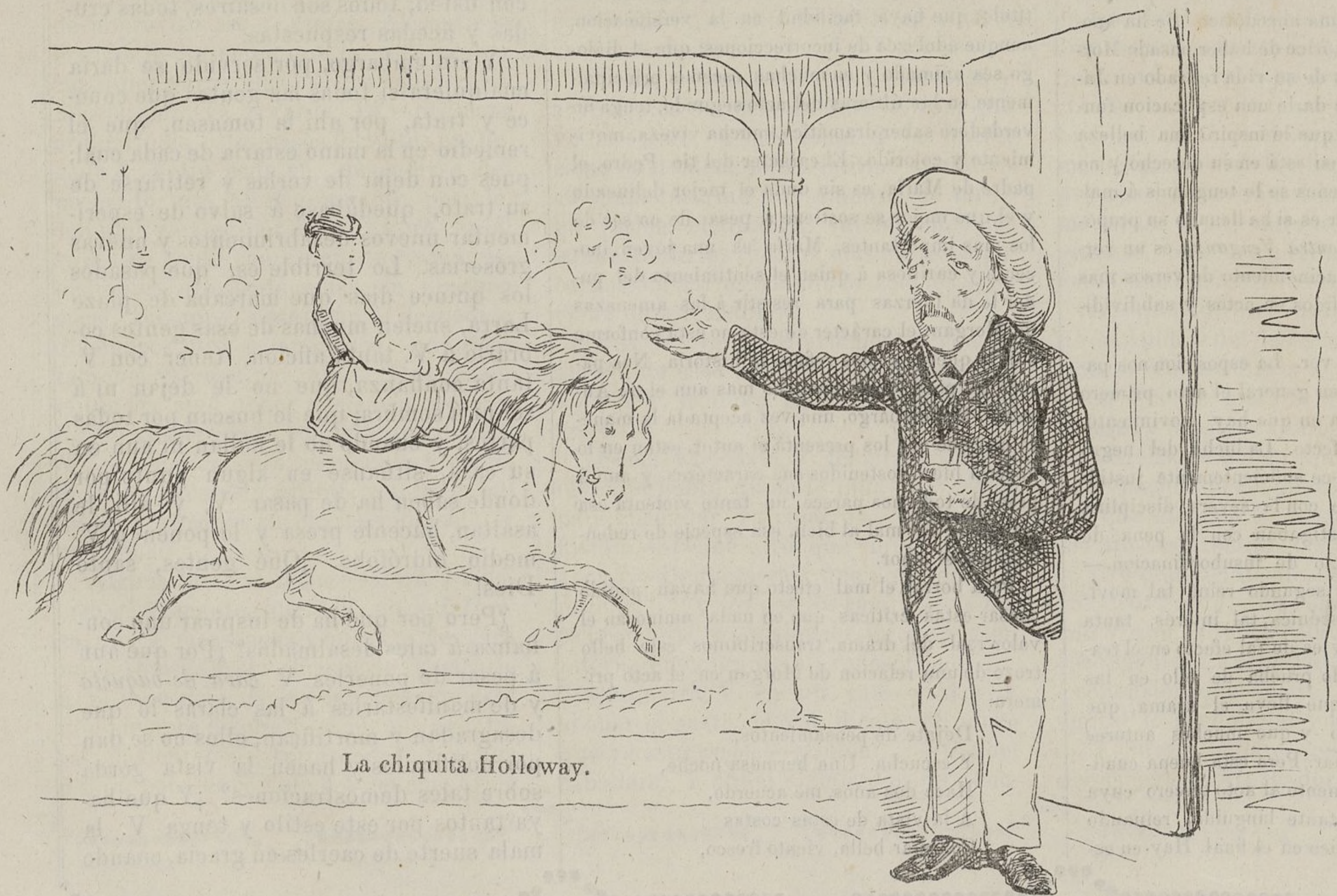
!!!Bello ideal!!!

VARIEDADES.



ILUSIONES DE OPTICA.

—Te haré condesa....



La chiquita Holloway.

La guardia muere, pero no se rinde.

deseos, se aparece. Anselmo se retira, y en una escena muy animada quiere á la fuerza hacer que ceda María: esta se resiste. Morgan llama al negro, le dice que traiga al prisionero. Es el padre de María á quien pone el pirata en la alternativa de acceder á sus deseos, ó presenciar la muerte de su anciano padre. La joven va á ceder: el padre se indigna, Morgan lo manda ahorcar de una entena; pero el negro se niega á ello; sale de la cámara, aplica una mecha á dos barriles de pólvora, parte del buque vuela con el negro que perece, otra parte se incendia y el desorden, la confusion y el espanto reinan á bordo. Los seis años se han cumplido en aquel instante: Anselmo se encuentra libre de su fatal juramento, y en aquella hora suprema se aparece espada en mano á salvar á María ó morir en la demanda. Aquí termina el acto segundo, que es excelente.

Logra salvarla, y en el acto tercero, despues de algunas breves escenas entre los pescadores que se ocupan de los sucesos de la noche anterior, aparece Anselmo con su preciosa carga que deposita en la orilla. La madre recobra á su hija, pero tiene que llorar la pérdida del padre, sepultado tal vez en el fondo del oceano. Todos se dirigen hacia la taberna, á adquirir noticia de los que hayan podido salvarse. Queda María sola y Morgan, que se habia salvado y estaba oculto acechando la ocasion, se presenta de repente, María retrocede llena de espanto, Morgan la ase de un brazo: ella grita. Acuden todos con Anselmo á la cabeza, se la arrebatan de sus brazos y sugetan y desarmian al capitan pirata, que queda á merced del castigo que quiera imponerle María, quien le perdona en nombre de su padre. Aparece este, que ha logrado salvarse, merced á los esfuerzos de unos pescadores, abraza á su hija, y concluye el drama con la promesa que hace Morgan de abandonar la vida de pirata y retirarse á la vida privada.

Como se vé por la esposicion del argumento, el Sr. Urzais no ha pretendido escribir un drama histórico, en el verdadero sentido de la palabra, sino mas bien un drama anecdótico. Se ha apoderado del hecho histórico de haber pasado Morgan los últimos años de su vida retirado en Jamaica, y ha querido darle una esplicacion fundándole en el amor que le inspiró una belleza cubana. Al proceder así está en su derecho y no seremos nosotros quienes se lo tengamos á mal. Lo que importa saber es si ha llenado su propósito y si *Venganza contra Venganza* es un verdadero drama á un hacinamiento de versos mas ó ménos buenos divididos en actos y subdivididos en escenas.

Es lo que vamos á ver. La esposicion nos parece algo lánguida, y en general el acto primero salvo la última escena en que hay movimiento, adolece del mismo defecto. La lucha del negro con el teniente ni parece suficientemente justificada, ni está conforme con la severa disciplina de los piratas que castigaban con la pena de muerte el mas leve acto de insubordinacion.— En cambio en el acto segundo reina tal movimiento y animacion escénica, tal interés, tanta viveza en el diálogo, y es de tal efecto en el teatro, como hemos tenido prueba de ello en las dos representaciones que lleva el drama, que lo hacen un acto bueno y que muchos autores no desdeñarían de firmar. Pero esta buena cualidad perjudica notablemente al acto tercero cuya primera mitad es bastante lánguida, reinando mas movimiento escénico en el final. Hay en es-

te acto dos defectos que no podemos pasar por alto. Creemos poco conforme á la verdad la escena entre Maria y Anselmo cuando este la deposita en tierra despues de haberla salvado. Es natural, casi lógico, y muy en el carácter tierno y cariñoso que el poeta ha dado á Maria, que la primer exclamacion de esta, su primer deseo fuera dirigirse á toda prisa á la cabaña de su madre á quien debia considerar llena de angustia y afliccion. Sin embargo no sucede así; y Anselmo le hace una nueva declaracion de amor que tiene el doble defecto de ser inoportuna y como una reminiscencia de la del segundo acto. Tampoco no parece muy conforme á la verdad que en esta escena no se informe Maria de la suerte que le ha cabido á su padre.—Despues de todo lo que ha pasado Maria, no se comprende cómo su madre consiente en separarse de ella un instante; sin embargo así resulta, y Maria se queda sola en las cercanías de la playa, dando lugar á que Morgan, que la acechaba, se arroja sobre ella y tuvieran efecto las escenas que siguen.—

Estos son los defectos principales que encontramos en la contextura del drama; respecto del lenguaje no aprobamos el uso de algunos arcaísmos en que con cierta frecuencia incurre el Sr. Urzais como vide, agora, bebellas y otros cuantos por el estilo que mas que otra cosa indican cierto descuido en el autor. El uso de estas palabras, de estas licencias poéticas deben evitarse en lo posible, pues ponen de manifiesto el apuro que ha pasado el poeta con las exigencias de la rima. El arte consiste en ocultarlo. Otro de los defectos en que ha incurrido el Sr. Urzais en esta primera produccion dramática es la falta de propiedad en el lenguaje que usan los diversos personajes. Los pescadores y marineros de *Venganza contra venganza* se espresan la mayor parte de las veces en un estilo demasiado florido y poético para que pueda ser verdadero.

Pero todos esos defectos no impiden que el drama, en conjunto, sea notable por mas de un título; que haya facilidad en la versificacion, aunque adolezca de incorrecciones; que el diálogo sea animado y en muchas escenas principalmente en las últimas del acto segundo, tenga un verdadero saber dramático, mucha viveza, movimiento y colorido. El carácter del tio Pedro, el padre de Maria, es sin duda el mejor delineado y el que mejor se sostiene á pesar de no ser de los mas importantes. Maria es una joven inocente y cariñosa á quien el sentimiento del pudor le da fuerzas para resistir á las amenazas de Morgan: el carácter de este no está conforme con lo que de él nos refiere la historia. Nos parece un poco ideal, y mucho mas aun el de Anselmo. Sin embargo, una vez aceptada la manera con que nos los presenta el autor, están en lo general bien sostenidos sus caracteres, y aun á pesar de todo nos parece un tanto violenta esa transicion del mal al bien, esa especie de redencion por el amor.

Para borrar el mal efecto que hayan podido causar estas críticas que en nada aminoran el valor real del drama, transcribimos este bello trozo de una relacion de Morgan en el acto primero:

Déjate de pensamientos,
Y escucha. Una hermosa noche,
Hace dos años, me acuerdo,
A la vista de estas costas
Con mar bella, viento fresco,

Navegaba. Ricas prendas,
Y mujeres y dinero
Que, botin de cien combates,
Guardaba el buque en su seno.
Eran para el alma goces;
Alimento á mis deseos.
Transparentes nubecillas
Bordaban el firmamento,
Y entre celajes la luna
Lanzaba tibios reflejos.
Y crujian los cordeles
Y las entenas... y el viento
Acariciando mi frente
Jugaba con mis cabellos.
Jamás sentí lo que entonces &c.

Sentimos no poder transcribir algunas escenas para dar una muestra de su diálogo y las buenas cualidades que lo distinguen como autor dramático. Pero no concluiremos estas líneas sin aconsejarle que no desmaye en la carrera en que ha entrado con tan buenos auspicios, y que pronto dé á la escena una obra buena que careciendo de los defectos indispensables en una primera produccion reuna las buenas cualidades que hacen de *Venganza contra Venganza* no un simple ensayo, sino una obra recomendable por mas de un título.

F. S.

LOS ENEMIGOS DEL GENERO HUMANO.

Gran verdad apuntó el incomparable Figaro con aquello de que "solo se puede soportar á las gentes los quince primeros dias que se las conoce. ¡Qué atenciones en ellas! exclama. ¡Qué de sinceros ofrecimientos! ¡Pasaron aquellos? ¡Se intimó la amistad? ¡A Dios! como ya de cualquier modo tienen cumplido con usted; todos son desaires, todas crudas y ácidas respuestas."

Y sin embargo, por servido se daría cualquiera si todas las gentes que conoce y trata, por ahí la tomasen, que el remedio en la mano estaria de cada cual; pues con dejar de verlas y retirarse de su trato, quedábase á salvo de experimentar nuevos desabrimientos y nuevas groserías. Lo terrible es, que pasados los quince dias que marcaba de plazo Larra, suelen muchas de esas gentes cobrarle á V. tanta aficion, tener con V. tanta confianza, que no le dejan ni á sol ni á sombra; que le buscan por todas partes, y cuando no le hallan ni aun en su casa, sitúanse en algun punto por donde saben ha de pasar V. y allí le asaltan, hácenle presa y le ponen á V. medio hidrófobo. ¡Qué gentes, santo Dios!

¡Pero por qué ha de inspirar uno confianza á tales desalmados? ¡Por qué aun á pesar de ponerles V. *cara de baqueta* y de manifestarles á las claras lo que desagradan y mortifican, ellos no se dan por notificados y hacen la vista gorda sobre tales demostraciones? ¡Y que haya tantos por este estilo y tenga V. la mala suerte de caerles en gracia, cuando

maldita es la que á V. le hacen los sudichos!

Yo los olfatéo desde léjos, los conozco á la legua y ando siempre huyéndoles el cuerpo; pero á lo mejor, y cuando mas desprevenido estoy, cádate que sin saber cómo ni de qué manera, me encuentro hecho *amigo* de uno mas, que antes de la *quincena* consabida, ya no le puedo ni soportar breves instantes á mí junto.

Seres hay tan felices en el mundo que nacieron predestinados á vivir oscurecidos y en santa y perpétua paz. Nadie los conoce, nadie los saluda, nadie los molesta *ni se mete* con ellos. ¡Bienaventurados los que á este género pertenecen! Holgárame yo mucho si á tanto alcanzara mi buena suerte; pero por desgracia, quiso el cielo que por este ó el otro motivo, viésese precisado á menudo á tropezar con ciertos bípedos, que Dios *bendiga*, con tal de que los aparte de mí lo mas léjos posible.

Vamos á ver ¿qué autoriza á ese empalagoso y por demás cargante amigo íntimo de V., por su propia decision, á no aproximársele una vez que no sea ya para darle un torniscon, para pasarle la mano por la cabeza ú oprimirle el cuello como si quisiese estrangularle? Siempre sobon, siempre pegajoso, no sabe dirigirle la palabra á la distancia conveniente, sino echado sobre V., gravitando sobre su cuerpo y rociándole el rostro con la saliva. Tan estúpido es, que cree que estas son pruebas de afecto, pruebas de confianza y de intimidad. ¿Y podrá imaginarse quien de tal manera se conduce, que es persona decente, persona recomendable por ningun concepto?

Vá V. muchas veces de prisa por alguna calle hácia algun objeto importante. Al llegar á una esquina, desemboca de improviso *uno de tantos*. Al sentir la presion de su mano que le estruja por cualquier parte, alza V. los ojos, reconócele; pero ya es tarde. El espediente ordinario en estos casos fortuitos es, llegado á la otra esquina, despedirse del posma lo mas afectuosamente posible, con un "yo sigo por aquí." Pero ¡quía! si esa es gente con quien no valen espedientes ni estratagemas de ninguna clase. Siempre os atajarán la despedida diciéndoos muy complacidos, que ellos tambien "siguen por allí." ¿Qué hacer entonces sino tener paciencia ó echarlos de vuestro lado con mil rayos? Pero V., persona decente, moderada y comedida, no hace esto último, y sufre el adlátere y aguanta su charla indigesta y estólida.

Alguna historia íntima saldrá á colacion al momento, que á V. no le interesa, que V. no escucha y que él prolongará no obstante, hasta abrumarle y sacarle á V. de quicio. Créen muchos que está uno siempre dispuesto á oír sus aventuras, sus enredos y trapisondas, y venga ó no á pelo, encájanle á V. el cuento de

sus lances y peripecias, como si no tuviese cada cual de sobra con sus propias historias y sus propias cavilaciones.

¿Qué me importa á mí, mentecato, pudiera decirseles, que tu novia te quiera, te mime y te acaricie á hurtadillas de su mamá? Tu novia probablemente se burlará de tí y te engañará por sándio y cócora; ¿qué me vá ni me viene con lo que pasa en tu casa, con lo que á tu mujer le sucede ó á tu hija le ocurre? ¿Le parece á V. que yo no tengo cuidados, inquietudes y mil cosas á que atender, precisamente á la hora en que estoy por V. embargado? ¡Estos hombres que no viendo mas allá de sus narices, se figuran que á todos les sucede otro tanto, y créenlo á V. tan nécio, tan pueril, tan desocupado como ellos! ¡Mal haya por siempre tan vil ralea!.....

Acaba V. de comprar á Abraido ó á Charluin un libro nuevo, interesantísimo para V. Con la impaciencia del verdadero *amateur*, vá V. por la calle pausadamente hojeándole, leyéndole á trozos. De repente, arrebatásele á V. de la mano un atrevido, un insolente. Esto cree V. de pronto; pero nada de eso, es *Fulanito*, un conocido, que sin temor de Dios y con el descaro habitual á esta clase de gentes, pégale á V. con el mismo libro en el hombro, diciéndole:—"Chico, préstamelo; me lo llevo." Y llévaselo en efecto y déjale á V. con tres palmos de narices y sin saber lo que le pasa.

Y héte aquí, que despues de haber estado V. conquistando á Abraido para que se lo venda mas barato de lo que estipulara, despues de haberle á V. costado su trabajo conseguirlo á tal ó cual precio, aquel villano conocido, aquel para quien no halla uno entonces epíteto bastante fuerte, despójale á V. de su propiedad en medio de la calle, y váse muy satisfecho.

Bueno es que sepan mis lectores y aconséjoles de paso que me imiten, que yo he solido, armándome á la brava, como suele decirse, resistirme al embargo y apoderarme nuevamente de mi libro recién comprado, valiéndome por supuesto de los medios mas corteses para mas obligarlos cuando mas se les alecciona de esa manera.

¿Usa V. reloj? Diariamente vendrá alguno de esos moscas perennes pidiéndole á V. la llave para dar cuerda al suyo.

¿Fuma V? ¿gasta V. fósforos? A cada instante habrá quien le pida á V. uno para encender su cigarro.—"Dame un fósforo.—Dame otro que aquel se me apagó.—Dame la caja que aquí este no prende." ¡Fuego por los *cuatro costados*, te prendería yo, malévolo, inícuo y sempiterno enemigo de mi reposo!

Que entra V. en un café y al ir á abonar el gasto hecho, dícele el mozo que ya está *pago*.—¿Quién?...—Aquel caballero. Y aquel *caballero* es un cono-

cido de la estirpe aludida, que le mira con una sonrisita para V. terrorífica, porque es precursora de grave suplicio. Efectivamente, abandonando su asiento, viénesele á V. encima como un nublado y empieza por estrecharle la mano tan rudamente y con tales sacudidas, como si intentara descoyuntársela. ¿Por qué apretarán tanto la mano esos bárbaros amigos de V? ¿No saben insinuarse de otra manera? En cambio otras personas le dan á V. la mano que realmente no se la dan, porque lo mas que hacen es aproximarla tímidamente á la de V., como si temiesen que se les derritiera ó se les evaporara al mas leve contacto. Los extremos se tocan.

Al salir del café, despues de una hora de mortificacion y de asedio continuo, uno que pasa junto á V. aséstale un palo y sigue su camino como si tal cosa. ¿Qué es eso? Es el saludo de otro conocido.—Pero basta ya, y demos fin á este que sería inagotable exámen.

Ustedes convendrán en que hay que dejarlos ó matarlos, como dice la gente, aviniéndose á sobrellevar con buen ánimo y mejor talante esa carga social, forzosa é inevitable. Algun provecho pueden reportar despues de todo esos enemigos constantes del género humano, aunque no sea mas que suministrar asunto para un artículo de costumbres, al que como yo tiene la obligacion de escribir uno ó dos para la *Serenata* todas las semanas.

GENARO ABEL.

CONCIENCIA LITERARIA.

La conciencia literaria influye tanto en las obras del ingenio, como la conciencia propiamente dicha en las acciones humanas. Pero bien mirado ¿Qué otra cosa es una produccion literaria, respecto de su autor, sino una accion mas ó menos meritoria? Un buen libro es siempre una buena accion, ha dicho un autor moderno. Una mala obra, por consiguiente, debe considerarse por lo ménos como una accion poco recomendable.

Los que sin escrúpulo escriben mal y no se cuidan del desagrado público; los que se ofuscan hasta el punto de imaginarse que los que los censuran son sus émulos y prosiguen impávidos su tortuosa marcha, se hacen tan acreedores á la reprobacion de las gentes sensatas, como los que ofenden á la sociedad con sus criminales atentados.

¿No ofenden desde luego al buen gusto? ¿No hacen que cunda el mal ejemplo y que se perviertan mas de cuatro inteligencias, extraviadas con la funesta propension que existe en el hombre á imitar lo perjudicial y nocivo?

Y luego hallan siempre estos mal aconsejados perturbadores del gusto lite-

rario, torpes prosélitos que los alientan y sostienen, fomentando su extravío y alucinándolos hasta persuadirlos de que su perseverancia les valdrá al fin la recompensa.

¿Y esto se ha de tolerar? ¿Y ha de permitírseles que insulten al buen sentido público, infiriéndole la ofensa de suponerlo capaz de aceptar sus insípidas producciones? Es ir contra la civilización, contra la cultura, prohiar esos disparatados engendros de una imaginación empobrecida é incapaz de adelanto, que salen á luz protegidos por la influencia cada día mayor del arte de la imprenta, que reviste así con su prestigio lo que debiera relegarse á las tinieblas. Hay cierta solemnidad, cierto no sé qué de grave y severo en los caracteres de imprenta que seduce al pueblo, inspirándole una involuntaria veneración por cuanto vé impreso en las grandes columnas de un periódico. Lo que el vulgo vé en letras de molde, lo acepta como artículo de fé, porque supone ser prueba de gran valía, el hecho de haber merecido la honra de estar impreso.

El pueblo, pues, no bastante ilustrado, guíase por su propia conciencia y yerra lastimosamente, gracias á los que mas alcanzados que él lo deslumbran, presentándole pomposamente los viciados frutos de una inteligencia sin cultivo y de una conciencia literaria deficiente. Por eso es un hecho irrefutable que el mal gusto literario ha ido creciendo á medida que la imprenta desarrollaba su poder y extendía su influencia. De este modo la mas grande invención humana, no se ha salvado de llevar consigo un funesto germen de perjuicio, facilitando á un gran número de espíritus poco cultos y poco escrupulosos, el medio de sembrar por donde quiera la mala semilla.

Tales abusos demandan con urgencia la represión que evite se generalicen y enseñoreen de la mayoría tamañas extravagancias. El remedio mas adecuado y mas conveniente, debe ser la crítica, la sátira fuerte é inexorable, la sátira sobre todo, que atacando de frente á esos recalcitrantes perturbadores, los haga replegar derrotados infundiéndoles temor y prudencia.

Debe rejuvenecerse la crítica, revestirla de un carácter noble y severo y propagar su influencia provechosa para bien de la literatura y beneficio de la sociedad. Creer lo contrario es dar pruebas de poco criterio, de mal gusto literario y de poca ó ninguna conciencia. La crítica atemoriza á los malos escritores y estimula y alienta á los estudiosos, á los que verdaderamente aman las bellas letras y se sienten con la vocación necesaria para cultivarlas.

La misión de la crítica en este concepto no puede ser mas loable y benéfica y merece el apoyo unánime de cuantos se interesan por el bien público. Ella

debe echar por tierra desde luego, el error demasiado estendido, que consiste en creer debe facilitarse la publicidad sin restricciones, á todo jóven *que empiece*, para que haga su aprendizaje á los ojos del público en el arte de escribir. Esta es una funesta equivocación, porque desde tiempo inmemorial el público se ha burlado siempre de todos los *aprendices*. Del gran Demóstenes se cuenta que recibió una espantosa silva la primera vez que habló en Atenas.

El público quiere y está en su derecho al pedir que todo el que á él se presente esté ya enseñado, adiestrado, y no le haga pasar por las tremendas angustias de ver á un principiante esforzándose inútilmente por salir airoso en su empresa, sin poseer para ello las fuerzas que se requieren.

En todas las demas bellas artes se observa rigurosamente esta fórmula y ninguno se atreve á darse á luz hasta no estar suficientemente instruido. Solo las letras tienen el raro privilegio de no necesitar preparación alguna, sin duda porque para eso están ahí los periódicos, no obstante titularse órganos de ilustración y de progreso.

¡Órganos de ilustración y de progreso! y se convierten en campo accesible á todos los audaces, que sin conocimiento ni aptitud alguna, se apoderan de sus columnas para plagarlas de pésimas lucubraciones y de estafalarias ridiculeces; y con esto se obsequia y se regala al público sin consideración ni respeto.

Pero el público mas sufrido se cansa al fin y protesta rechazando el desabrido manjar con que se le brinda, y clamando por un nuevo orden de cosas. Quiere reformas en la literatura, reformas en el gusto, reformas en la conciencia de los literatos; quiere lo bueno, lo bello, lo verdadero; quiere trabajos concienzudos y meditados, obras dignas, producciones que revelen un pensamiento elevado, un fin honorífico; y para esto quiere la crítica que refrene, que ataje el paso á todo género de desmanes y ensalze y celebre cuanto sea merecedor de alabanza.

El público abre al fin los ojos, conoce su error y derriba los falsos ídolos. "¡Abajo, exclama, la literatura bastarda y ramplona; abajo la tolerancia, el abuso, las contemplaciones; abajo en fin, cuanto se opone al adelanto intelectual y es causa de la propagación del mal gusto artístico y literario!"

Protéjase al talento modesto y dócil que se presenta invocando el favor público con producciones donde se revela la inteligencia y la capacidad, y niéguese sin conmiseración la entrada en el campo de las letras, al presuntuoso sin vocación ni dotes de ninguna especie, que busca solo el medio de figurar y hacer el importante.

Sepúltese los malos versos; cuélguense para siempre esas *liras* que no

han de producir nunca sonidos melodiosos, y empiece el reinado del buen sentido. No den á luz sus versos mas que los poetas; no escriban sino los escritores, y de una vez por todas apáguese los incensarios.

Prémiese el trabajo, la constancia, la modestia; ensálcese el mérito donde quiera que aparezca; tribútense elogios justos y merecidos para que sirvan de estímulo, no de engreimiento; y no se calumnie ni se acrimine al que alce la voz para censurar vicios y abusos que claman reparación y freno, y que solo hace notar en consonancia con las leyes de la justicia, del deber y de la conciencia. Por último, coadyuven todos á dar realce y verdadera importancia á las letras cubanas, harto necesitadas de prestigio, para que así puedan los que á ellas se consagren con verdadero entusiasmo y decisión, obtener ya que no provecho, honra siquiera.

El gusto se extravía fácilmente, la vanidad ciega y el amor propio arrastra á mil desaciertos. Solo la rígida verdad, con su irresistible poderío, bastará á anular los malos efectos del gusto extraviado y de la vanidad satisfecha.

GENARO ABEL.

AGENTES DE "LA SERENATA."

Cienfuegos.—D. Francisco Anido.
Bejucal.—D. Isidoro Pons.
Buenaventura.—D. Benito A. Gorgoll.
Managua.—D. Gabriel Espinosa.
Quivicán.—D. Rafael V. Oliva.
Sagua la Grande.—D. Ildefonso Ramos.
Matanzas.—D. Ramon Del Monte.
Calabazar.—D. Juan Ferrando.
Colon.—D. José M. Blanco.
Corralillo.—D. Martin Rubí.
Alquízar.—D. José A. Moya.
Guanajay.—D. Antonio R. Gonzalez.
Cimarrones.—D. Francisco Fina.
Puentes Grandes.—D. Francisco Olartecoechea.
Santa María del Rosario.—D. Toribio de Arrocha.
Trinidad.—D. Pedro Carreras.
Puerto-Príncipe.—D. Severino Alvarez.
Villa Clara.—D. Antonio Anido y Ledon.
Santiago de Cuba.—Collazo Miranda y C.
Union.—D. Tomas Iribarren.
Guines.—D. José Mendoza.
Holguín.—D. José M. Guerra Almaguer.
Güira de Macurigez.—Esteve y Hermano.
Jiguaní.—D. Diego Barea.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Librerías de CHARLAIN y ABRAIDO, Obis, po 34 y 36.—Papelería la CRUZ VERDE, Mercaderes 29.—Librería de SANS, calle de la Muralla.—Cigarrería la CHARANGA de Villergas, O'Reilly 9½.—Imprenta de la Viuda de BARCINA, Reina 6.—Papelería la PRINCIPAL, Plaza del Vapor 36.—Café el LOUVRE, Calle de S. Rafael.—Imprenta la ANTILLA, Cuba 51, y en la Imprenta del TIEMPO Cuba 71.

Imprenta del TIEMPO Cuba 71.